Diario Paseo 6 junio 1953

63

(51)

Un símbolo de Inglaterra

Crónica de nuestro enviado especial JOAQUIN CALVO SOTELO

EN la vida de un funcionario del Estado, las cinco de la mañana como hora inicial del día, es absolutamente inédita. Bastante más que como hora terminal, en la vida de un escritor de teatro. Pero la luz no es la misma si se sale a su encuentro levantándose al alba, que si se le espera despierto. En cuantos han descrito ese trance de la noche al día, por líricamente que lo hayan hecho, se adivina si su pluma ha sido la de un madrugador o la de uno que trasnochaba. Trasnochador empedernido yo, canto con bastante fastidio y desafinación, la gloria incómoda de estas cinco de la mañana, en la que si en especial orden al conserje, suena el teléfono de mi habitación para avisarme que ha llegado el momento de levantarme como todo honorable londinense, de hacer mis abluciones, de tomar mi desayuno, coger la bolsa que contiene mi almuerzo e ir a ocupar el puesto que me aguarda en la tribuna.

Ciertamente, la ciudad entera, está haciendo lo mismo. Cuando salimos a la calle a no menos de seis kilómetros, de la ruta que seguirá el cortejo, una auténtica multitud la invade. Se tiene la sensación de que el distrito íntegro fuera a ser evacuado por alguna medida de seguridad. La circulación de automóviles no es grande, pero largas colas sitian la estación del metro de Souphkenssingpon. En mi vagón cuento hasta docena y media de chaquets y otras tantas chisteras. Desde que con mis compañeros de bachillerato jugué al polizón en la inauguración de la línea Sol-Cuatro Caminos, no había vuelto a ver chisteras en ningún Metro del mundo. No creo, tampoco, volver a verlas jamás.

Impermeables, uniformes, abrigos, formando un todo borroso, asciende como si lo animara un cuerpo único a la superficie de Victoria Square. Cada londinense de los que afluyen hacia Buckingham, lleva consigo su cuota de emoción y su cuota de entusiasmo. Aquello mismo, podría ser una romería en cualquier otra parte: aquí, es casi una peregrinación.

Calculo que, en mi tribuna, frente por frente de las puertas de palacio, habrá cerca de 10.000 personas. Otras tantas en la del lado contrario. El monumento a la reina Victoria, alberga un centenar de cámaras cinematográficas. Son las seis de la mañana, pero yo he llegado retrasado a mi puesto. Y mis vecinos me miran reprochadoramente. La salida de la reina se ha previsto a las diez y media. Esperaremos como Dios y el duque de Norfolk quieran, las cuatro horas y pico que nos quedan. Llueve de vez en cuando espesamente. Llovera todo el día. Ninguna deserción motiva la lluvia. Pienso que más bajas causaría aquí una temperatura de 30 grados que ésta, propia de un mal día de noviembre madrileño. Por lo demás, la multitud consume alegremente su tiempo.

A partir de las siete y cuarto, todo ciclista que cruza Buckingham es abucheado cordialmente.

A una espectadora subida en una columna, que sortea a un policeman que intenta desalojarla, sin conseguirlo, se le dedica la regocijada atención que su gesto merece.

Entre tanto, los granaderos menos madrugadores que nosotros, van cubriendo la carrera. Su vistosísimo uniforme de pantalones azules y casaca roja lo oculta a medias por una parda esclavina. Poco más tarde se despojarán de ella para rendir honores. Junto a la verja de palacio, una sección de marinería y otra de las fuerzas áreas, montan la guardia. Sigo las evoluciones de estas últimas y declaro que pocas veces he visto una precisión y un automatismo iguales. Millares de hurras les felicitan. Son las ocho y media: los primeros carruajes salen de palacio. Veinticinco minutos después, la reina de Tonga, sola en su landó descubierto, escoltada, abultosa de carnes, morena-oscura, valga el eufemismo inicia la marcha a la abadía. A prudente distancia la siguen los primeros ministros de las Commonwealth y Churchill. Veré regresar a Churchill en su coche color tabaco, de vuelta de la ceremonia y le oiré vitorear igual que ahora. Una aurea de enorme popularidad, de colectiva admiración le rodea, pero hoy, en este día, su presencia es una pura anécdota. Churchill es lo contingente. La reina, por el contrario, es la expresión de lo que permanece, de lo que no muda, de lo que está a salvo de las pasiones y de las polémicas.

Este es su triunfal momento: la carroza, precedida del estandarte real de altos jefes militares, escoltada por los «horse gards», nos la deja ver unos segundos, sonriente, llevando a su izquierda al duque de Edimburgo, mientras un clamoreo inenarrable resuena en la inmensa plaza. Pañuelos, hurras, vítores a un diapasón inesperado y agudísimo salen a su encuentro mientras la carroza, rítmica y lentamente, enfila la recta del Mall. A lo largo de esta inmensa avenida, muchas gentes, ajenas a la crueldad del clima, han acampado dos días con sus noches, en la recta de estos instantes fugitivos. Su entusiasmo ahora rebasa los límites previsibles. Se oye gritar por todas partes «Good live to the Queen» y mil banderines que la lluvia destiñe abanican nerviosamente el aire. ¿Qué conmueve a la gente? ¿La simple presencia de una figura juvenil, elegida por un destino singular para el símbolo de un imperio todavía poderoso y fuerte? Es, naturalmente, mucho más que eso. Es un poco a su reina, un poco a sí mismo, a quien aclama el ciudadano británico. Aclama su pasado, cuando él—real Britania—era más verdadero que hoy, y afirma, simultáneamente su fe en el futuro. Y se siente, a la vez, conmovido y orgulloso, cuando ve que de todos esos sentimientos, es símbolo natural, esta «little lady» de 26 años, que entre salvas de cañón, himnos y aplausos, marchará en una mañana desapacible, que sólo el entusiasmo de sus súbditos caldea, a ser coronada en la abadía de Wetsminster.

(Londres, junio, 1953.)